

Me parece que es igual a los dioses
 el hombre aquel que frente a ti se sienta,
 y a tu lado absorto escucha mientras
 dulcemente hablas
 y encantadora sonríes. Lo que a mí
 el corazón en el pecho me arrebató;
 apenas te miro y entonces no puedo
 decir ya palabra.

Al punto se me espesa la lengua
 y de pronto un sutil fuego me corre
 bajo la piel, por mis ojos nada veo,
 los oídos me zumban,
 me invade un frío sudor y toda entera
 me estremezco, más que la hierba pálida
 estoy, y apenas distante de la muerte
 me siento, infeliz.

Pero aún debemos llegar —dentro de aquel orbe— un poco más lejos en cuanto a una cultura de amor y placer con Anacreonte de Teos, que tuvo su cenit alrededor del año 530 a. de C. Impulsado por la presión de los persas el joven poeta (con muchos conciudadanos) abandona su ciudad y las naves les llevan a la isla de Samos, donde halla la protección del tirano Polícrates. Sin duda Anacreonte era un hedonista, un gustoso del placer al que imaginaba hermano insustituible del refinamiento. Y en ese marco del banquete, del simposio cortesano y aristocrático, con mujeres flautistas y muchachitos escanciadores, él tocaba la lira, y cantaba al placer y al vino. El conocido helenista inglés C.M. Bowra lo llama *excelente poeta del placer*. Y Heródoto cuenta que un mensajero de los sátrapas, Oretes, halló al poeta recostado, en un banquete, en compañía del tirano de Samos.

Anacreonte fue muy conocido en la Antigüedad (los alejandrinos le unieron a un canon de poesía lírica donde estaba con otros dos grandes poetas, Alceo y Safo), y tan conocido fue que se fabricó una leyenda. Según ella Anacreonte habría venido a ser el primer viejo verde de la Historia. Un anciano borrachín, aficionado al vino, a las delicias sedosas del amor y a un sopor ligero que no excluía el llanto. Todo ello generó la anacreóntica, ese género menor pícaro y liviano, demasiado dulzón y delicuescente que crearon los helenísticos y que triunfó inundatoriamente en la Europa del siglo XVIII. Pero ese borrachón vejete no era Anacreonte —poeta que llegó a viejo después de haber cantado sus servicios en Atenas, con el tirano Hiparco, y después en Tesalia antes de volver, probablemente, a Teos— Anacreonte fue un amante de la vida, que cambió de ruta cuando pensó que las circunstancias políticas no iban a favorecer un arte como el suyo esencialmente convivial —ocioso— y hedonista. Es decir —si nos dejamos llevar a términos más presentes Anacreonte huyó cuando creía que algo relacionado con la tolerancia estaba en juego. Sus poemas —los fragmentos que conservamos— están dotados de un suave amaneramiento, de un fino estilismo de raíz jónica que le hace (desde ese punto de velatura y sutileza) precursor de los alejandrinos. Cantor del vino (del vino sabio, del mezclado, no del que embriaga de golpe) se queja con cierto halo refinado e irónico de que el amor pasa de largo ante las canas de los viejos, y celebra a mozas y mocitos, especialmente a estos últimos, entre los que nos ha transmitido

los nombres de Esmerdis y Cleobulo. Cantor de los dos amores, apasionado que nunca llega a la sangre (porque ningún hedonista es trágico) Anacreonte no es un cantor del cuerpo pero sí de su belleza y sobre todo —íntimamente unidas ambas cosas— de su delicia. Si en Safo el amor aparecía como furia y arrebató, en Anacreonte es un sentimiento dulciamargo al que imaginamos relacionado con la belleza física. Si hay un muchacho hermoso en el banquete ¿cómo no aspirar a él?, parece decirnos. Le vemos angustiado por el deseo, por el apetito erótico, más que por el amor, pero un afán erótico que no es sexo solamente porque —platónico *avant la lettre*— la belleza del cuerpo termina atrapando al alma.

Oh niño con mirar de doncella,
te persigo, y tú no me escuchas,
ignorando que de mi alma
tú conduces las riendas.

Veamos el amor apasionado y el temor —suave, casi retintín— a la vejez:

A Cleobulo yo amo,
por Cleobulo enloquezco,
de Cleobulo ando prendado.

O —notemos la pincelada preciosista, tan anacreónica—

Eros, que al ver que mi barba encanece,
entre brisas de sus alas de reflejos de oro
me pasa de largo volando.

Claro que quizá todo este mundo mediterráneo de ocio, de pasión amorosa y culto de belleza, antes que reflejado y vivido por los poetas líricos, lo estuvo por los propios dioses. Creo que pocas mitologías como la griega (dejando de lado algún aspecto sombrío y los más oscuros cultos orientales con los que después y parcialmente se fundió) han sido tan luminosas, tan radiantes, tan exaltadoras de lo bello ¿Qué son los dioses clásicos? Pensemos en Zeus, en Apolo, en Dionisos, en Afrodita, en Artemis, en Eros... Seres hermosos que más que gobernar o custodiar a los humanos —aunque eventualmente les protejan— parecen dedicados a su propio placer, a su autorradiante contemplación. Los dioses son hedonistas, ociosos, bellos y tolerantes de cuanto tenga que ver con el amor y la delicia ¿Había algún dios que se opusiera al cuerpo? Incluso dioses esencialmente mentales como Palas Atenea, gustan tomar los atributos de una muchacha hermosa ¡Y qué pocos dioses —si acaso hay alguno— se oponen al amor! Ese cortejo de divinidades humanísimas —cuyo fondo primordial no ha sido desbancado nunca por el cristianismo semítico— es el que preside, aún hoy, la civilización mediterránea. Apolíneos y dionisiacos al mismo tiempo.

Pero aún en la Antigüedad —que es nuestra raíz— hubo otro culto específico al cuerpo. Hemos hablado de cosas que significan e involucran al cuerpo —que lo señalan— pero no nos hemos centrado en el cuerpo mismo, y a su exaltación —en ningún otro lugar destacó tanto el deporte— iban dirigidas, fiestas además religiosas, las Olimpíadas y los demás juegos griegos.

Todos estos juegos eran fiestas religiosas y panhelénicas, tendentes a dar unidad al espíritu de una cultura. En ellos, en principio, podían competir quienes fueran griegos

y no esclavos. Y por supuesto durante su celebración —aunque nada tuviese de política— se detenían los conflictos, suponiendo una tregua o paréntesis en todas las luchas entre las comunidades helénicas. Los juegos nacen con un espíritu de competición aristocrático e individualista, pero sometidos a cuatro ideas básicas. A/ El esfuerzo de los competidores es una ofrenda a la divinidad, que al otorgar la victoria certifica la ofrenda que le ha resultado más grata. B/ El perjurio, el sacrílego y el homicida quedaban excluidos de los juegos, por lo que se suponía que el participante era un ser moralmente limpio. C/ La recompensa material era meramente simbólica: una corona de laurel. Y quizá la oda lírica que un famoso poeta (pagado por la familia del vencedor) podía dedicarle encomiando su nombre. D/ Con el honor del vencedor se encumbraba también a su ciudad, por lo que, en tanto que honrada, la ciudad del vencedor podía y solía dispensarle también honores. Al ganador, pues, se le consideraba favorecido por los dioses, y se le agasajaba tanto (es decir la victoria implicaba tanto prestigio) que Píndaro llega a decir —advirtiendo— que ningún hombre debe soñar con convertirse en un dios. En la época clásica de Grecia (el siglo V a. de C.) existían numerosos juegos por toda la Hélade siendo cuatro los principales: los de Olimpia, los de Delfos, los de Istmo y los de Nemea. Pero en todos ellos —y a más de lo considerado— se celebraba al cuerpo; un cuerpo en la plenitud de su fuerza y belleza, investida esa belleza de una calidad moral, pero incidiendo siempre en la propia gloria del esfuerzo. Los juegos de mayor prestigio fueron los de Olimpia. Los juegos olímpicos se decían míticamente fundados por Pélope, que venció en la carrera de carros a Enómao, padre de Hipodamía, para casarse con ella. Los juegos, pues, se habrían fundado en honor de Enómao o de Hipodamía, y en el Pelopion, o santuario de Pélope, se le suponía enterrado. La divinidad a la que se honraba en estos juegos era Zeus. Y cuando llegaron los dorios —raza guerrera y amante de la belleza— consideraron que, extinguidos los juegos de Pélope, habían vuelto a ser instaurados por Heracles, el héroe favorito de los dorios, vinculado así también a las Olimpiadas. (Un detalle curioso: los dorios fueron la raza griega más propensa a la homosexualidad, y curiosamente los tres patronos de los juegos tienen alguna vinculación mítica con ella. Zeus enamorado del garzón Ganimedes, Heracles de Hylas, y Pélope de quien en su juventud se enamoró Posidón, haciéndole también, un tiempo, copero celeste). Históricamente las Olimpiadas comienzan en el año 776 a. de C., y continuaron (regularmente) cada cuatro años, hasta que en el 393 de nuestra era el emperador Teodosio prohibió por edicto todas las fiestas paganas, y con ellas los juegos olímpicos. La fiesta duraba siete días, el primero y el último dedicados a ritos y ceremonias religiosas y los cinco restantes a las pruebas atléticas. Para los hombre había cuatro pruebas de velocidad: carrera simple del estadio, carrera del diaulo o doble recorrido, carrera larga —recorrido séxtuplo— y carrera de hoplitas —carrera con la armadura y después sólo con el escudo—. Lucha, pugilato y pancraccio —combinación de lucha y pugilato—; pentatlon, que era una reunión de cinco pruebas (salto, lanzamiento de jabalina y disco, carrera y lucha) carrera de cuadrigas y carrera de caballos montados. Para los adolescentes había las pruebas de carrera de estadio, pugilato y lucha. Recordemos las hermosas estatutas que celebran el deporte, los magníficos cuerpos de Mirón, de Policleto, las testas de atletas, rebosando serenidad y belleza, las pinturas cráteras y vasos con luchadores, púgiles o carreristas. ¿No